



## DE LA GUERRA DEL CHACO A LA DICTADURA STRONISTA. ASCENSO DEL ACTOR MILITAR EN LA POLÍTICA Y EL DISCURSO NACIONALISTA DEL PARAGUAY

Ana Couchonnal\*

Olvida tu memoria, escribir no significa convertir lo real en palabras, sino hacer que la palabra sea real

Augusto Roa Bastos, Yo el Supremo

### RESUMEN

Este artículo analiza la Guerra del Chaco, conflicto bélico que enfrentó al Paraguay contra Bolivia entre 1932 y 1935, como momento clave de inflexión en el proceso de constitución política del Paraguay y de consolidación del discurso nacionalista paraguayo. Sostenemos que la guerra del Chaco operó como contrapunto histórico de la abrumadora derrota sufrida por el país durante la guerra de la Triple Alianza (1864-1870), lo que tuvo como efecto inmediato la expansión efectiva del dominio nacional sobre gran parte del territorio chaqueño, de la mano del poder militar. De este modo, la guerra del Chaco contribuyó a configurar una arquitectura política e ideológica que completó la tarea iniciada tras el final de la primera guerra perdida, consolidando el discurso identitario nacionalista y la presencia del actor militar en la escena nacional.

### ABSTRACT

This article analyzes the Chaco War, which faced Paraguay and Bolivia between 1932 and 1935, as a key moment in the process of political constitution of Paraguay and the consolidation of Paraguayan nationalist discourse. We argue that the Chaco War operated as a historical counterpoint of the overwhelming defeat suffered by the country during the War of the Triple Alliance (1864-1870), which had the immediate effect of an effective expansion of the national domain over much of the Chaco territory, with the help of military power. Thus, the Chaco War contributed to shape a political and ideological architecture that completed the task begun after the end of the first lost war, consolidating nationalist identity discourse and the presence of military actor on the national scene.

### PALABRAS CLAVE

Guerra del Chaco – discurso nacionalista paraguayo – actor militar

### KEYWORDS

Chaco War – Paraguayan nationalist discourse – military actor

Recibido: 03 de noviembre de 2014

Aprobado: 09 de junio de 2015

\* Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (2013) y MSc by Research in Political Theory por la Universidad de Edimburgo (Escocia). Investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional de San Martín. Becaria postdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Buenos Aires, Argentina). E-mail: anaccancio@hotmail.com



Entre 1932 y 1935, Paraguay y Bolivia se enfrentaron en un conflicto bélico conocido como la “Guerra del Chaco”, del que Paraguay resultó vencedor. Sugerimos que dicho acontecimiento *hace las veces de pivote en la constitución del sujeto político en el Paraguay*. Esta perspectiva resulta de una propuesta analítica en torno a la centralidad adquirida por la emergencia del actor militar y la violencia como elementos constantes de la estructura política paraguaya desde la guerra del Paraguay contra la Triple Alianza (Argentina, Brasil y Uruguay, 1864-1870) hasta la dictadura de Alfredo Stroessner (1954-1989). La guerra del Chaco constituye un momento clave de inflexión en este proceso, marcando una etapa de consolidación del discurso épico emergente del nacionalismo historiográfico de 1900, que vehiculizó la violencia política y la presencia militar de manera duradera en el Paraguay.

Si bien los gobiernos inmediatamente posteriores a la guerra contra la Triple Alianza tenían militares a cargo, se abre hacia 1900 un período de gobiernos civiles que no logran consolidarse y que desembocan, en coincidencia con la guerra del Chaco, en el ascenso al poder de los militares como actores privilegiados, e incluso legitimados, del espectro político nacional. Más allá de una discusión en torno a la organización interna de la administración del poder, lo que interesa subrayar es la relación existente entre esta presencia de las fuerzas armadas y el ejercicio de la violencia como herramienta de la política paraguaya, donde el discurso nacionalista se convierte en vehículo ideológico legitimante. Para ello, este trabajo no propone una investigación de

fuentes, sino más bien una clave de lectura histórica, es decir una interpretación que busca suscitar un sentido histórico en la puesta en relación de acontecimientos que jalonan el discurso histórico nacionalista en el Paraguay, como modo de reintegrarles una cierta pregnancia crítica que se quiere política.

Sostengo como argumento que la guerra del Chaco operó como contrapunto histórico de la derrota sufrida durante la guerra de la Triple Alianza al tener como efecto inmediato la expansión efectiva del dominio nacional sobre gran parte del territorio chaqueño, de la mano del poder militar y a expensas de los distintos pueblos indígenas, antiguos habitantes y señores de la zona, que vieron su autonomía extinguirse con la llegada del estado nacional. De este modo, la guerra del Chaco contribuyó a configurar una arquitectura política e ideológica que completó la tarea iniciada tras el final de la primera guerra perdida, consolidando el discurso identitario nacionalista y la presencia del actor militar en la escena nacional. Esta conjunción delata a su vez el mecanismo ideológico que sostiene la estructura política: una identidad nacional estereotipada, limitada al discurso épico y en su borde, la violencia como única opción, lo que convierte a la identidad en inmutable debido al peligro de una violencia en el umbral. Este mecanismo ideológico constituye el resguardo de un sistema de dominación que da como resultado la exclusión de gran parte de la población de las condiciones mínimas de ciudadanía, y al atornillamiento del estado a una lógica autoritaria resguardada por la violencia como mecanismo de control político.



Se presenta en primer lugar una breve contextualización de la discusión propuesta en forma de micro relato de la historia previa a la guerra del Chaco, con el acento puesto en la “gran guerra” anteriormente perdida contra la Triple Alianza y la reorganización del país resultante de ese acontecimiento, lo que permitirá abordar seguidamente aspectos del conflicto de la guerra del Chaco propiamente dicho, en tanto momento de inflexión del discurso nacionalista. Sugiero que tras este acontecimiento se fragua un sujeto político que resulta de una operación de condensación y desplazamiento<sup>1</sup>: *condensación* del relato épico iniciado hacia 1900, con la sanción de la victoria del país en la guerra como “hazaña heroica” que permitió recuperar, a nivel del imaginario de nación, los honores anteriormente cantados, pero siempre lejanos, en la realidad social concreta de los paraguayos junto con el ascenso del actor militar; y *desplazamiento* o diseminación de la violencia como mecanismo integrado a la política en concomitancia con la expansión de la presencia del estado en el territorio chaqueño y con la legitimación de los militares como salvaguarda del estado nacional. Finalmente, propongo una breve reflexión sobre la operatividad ideológica de esta “heroización” épica, sosteniendo que a partir de la guerra, el discurso nacionalista paraguayo desplaza y disemina el significante “militar” a la posición dominante en el escenario político nacional, con la consecuencia previsible de una sanción del caudillismo y la violencia vinculada al uso de la fuerza por parte del

estado, dando lugar a la instalación de estructuras que serían cimentadas por la dictadura stronista.

#### LA GUERRA PÉRDIDA Y LA EMERGENCIA DEL RELATO HEROICO

“El eco del acontecimiento ha trascendido cada generación hasta el día de hoy, ligando a los habitantes de la República en una comunidad de sentido. La guerra habría fundado el nuevo Paraguay, ella explicaría lo que este país ha devenido, lo que son sus habitantes. Constitutiva de la identidad nacional, participa más generalmente de la estructuración de las identidades colectivas, de género, social y política. Los conflictos de la memoria que continúan causando debates apasionados, y que antes participaron de enfrentamientos, no han hecho sino reforzar los sentimientos de pertenencia a una comunidad imaginada”.

Luc Capdevila, 2007.

Desde la última batalla, librada en 1870, la guerra de la Triple Alianza ha sido, y continúa siéndolo, una bisagra articuladora donde tanto convergen como parten las aristas nunca limadas de la herida nacional. En un sentido, el final de la guerra de la Triple Alianza implica la habilitación plena de un “Estado moderno” junto con la clausura de las tensiones y contradicciones operativas en la construcción incipiente de un estado nacional y de una identidad política como elementos previos y particulares, así como el retorno a una nueva situación colonial (pérdida de autonomía, dependencia de los países vencedores), en coincidencia

1 La relación entre estos dos movimientos es más fácil de entender desde la metáfora y metonimia como figuras literarias vinculadas a los mismos. Así, la metáfora opera una sustitución del sentido mientras la metonimia implica un deslizamiento que establece relaciones semánticas tales como la parte por el todo, o la causa por el efecto.



con el inicio de la “modernidad política” propiamente dicha.

Con la particularidad de una destitución por la vía violenta del proceso político que el Paraguay había conocido con anterioridad, se instaló el discurso liberal en el marco de un gobierno nacional custodiado por el ejército aliado (que no abandonó el país hasta 1876), y reorganizado en base a los principios liberales que respondían al libre mercado y al sistema internacional de posiciones determinadas con respecto al lugar correspondiente a cada país, en lo que comúnmente se ha denominado división internacional del trabajo. En este marco, la identidad que se había articulado previamente debió ser no solo anegada sino más específicamente negada en base a la sanción de un sistema que la misma confrontaba<sup>2</sup>. Este dato no es menor a la hora de analizar la instauración posterior del discurso histórico nacionalista en el Paraguay, ya que, tal como intentaremos demostrarlo más adelante, el mismo se construye sobre el reclamo de esta identidad barrada<sup>3</sup>.

La urdimbre del argumento que condujo a la guerra tiene múltiples hilos. En cuanto al conflicto como tal, comenzó en el Uruguay, destino que el Paraguay veía como su mejor opción de salida al

mar frente a sus históricas desavenencias con Buenos Aires. Fue desde este punto de partida, que el mismo Mariscal Francisco Solano López, declaró la guerra al Brasil que había invadido al Uruguay, (en lo que Paraguay consideraba como una intromisión que afectaba también sus intereses) interviniendo a favor de Flores, caudillo liberal que tenía también vínculos con Mitre y con los estancieros de Matto Grosso, y en contra de Aguirre, del partido de Berro, aliado del Paraguay.

Adelantando el final anunciado, y sin lugar para moderaciones podemos afirmar que el final de la guerra implicó para el Paraguay un desastre de dimensiones importantes. Escribe Brezzo que “[...] la hecatombe fue de tal magnitud, que todo su tejido económico, social, político y cultural quedó deshecho”<sup>4</sup>. La población se redujo a aproximadamente 230.000 personas en 1872, y “el país perdió en total 156.415 km<sup>2</sup> de su territorio”<sup>5</sup>. Barbara Potthast y Thomas Whigham<sup>6</sup> calculan que entre un 60 y un 69% de la población desapareció en el conflicto.

Con una constitución dictada en 1870, el desarrollo político de la postguerra estuvo marcado por la aparición de los partidos colorado y liberal, y su incesante pugna por llegar al poder.

2 Más allá de las discusiones y valoraciones sobre los gobiernos anteriores a la guerra, hay coincidencia respecto al tinte no liberal que tuvo el desarrollo político del Paraguay desde la independencia hasta la guerra de la Triple Alianza, período en que se mantuvieron en el poder Gaspar Rodríguez de Francia y los López. Entre otros textos puede consultarse Oscar Creydt, *Formación Histórica de la Nación Paraguaya* (Asunción: Servilibro, 2007); Nidia Areces, “De la Independencia a la Guerra de la Triple Alianza (1811-1870)”, en Ignacio Telesca, (ed.) *Historia del Paraguay*, (Asunción: Taurus, 2010); Jerry W. Cooney y Thomas Whigham, *El Paraguay bajo los López: algunos ensayos de historia social y política* (Asunción, Paraguay: Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1994).

3 Me refiero aquí a elementos de la historia colonial paraguaya (el mestizaje, las misiones jesuíticas, la revolución comunera, entre otros) que fueron retomados como motivo central de la historiografía paraguaya desde 1900. Sobre el tema puede verse Ana Couchonnal, ““Donde nació como tú”: Historia, Modernidad y Constitución del Sujeto Político Liberal en el Paraguay” (Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2013).

4 Liliana Brezzo, “Reconstrucción, poder político y revoluciones (1870-1920)”, en Telesca, *Historia del Paraguay...*, 200.

5 Jan Kleinpenning, *Rural Paraguay*, vol. 2 (Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Verveurt, 2009), 28.

6 Barbara Potthast y Thomas Whigham, “La Piedra Roseta paraguaya: nuevos conocimientos de causas relacionados con la demografía de la guerra de la Triple Alianza, 1864-1870”, en *Revista Paraguaya de Sociología*, XXXV, 103 (Asunción 1998):147-159.



Tras un período de hegemonía colorada, fundamentalmente al mando de los generales Bernardino Caballero y Patricio Escobar, le tocó el turno de ejercitarse en el gobierno al partido Liberal, cuyos miembros lograron finalmente alzarse con el poder, tras un levantamiento que tuvo lugar en 1904 y que forzó la renuncia del presidente colorado lo que implicó que tras negociaciones para la conformación de un gabinete mixto, asumiera la presidencia por primera vez desde la fundación de ambos partidos, un liberal.

La *estabilidad política* de la posguerra consistió así en una constante lucha de facciones –dentro, fuera, y en el medio de ambos partidos–, dando lugar alternadamente a una unidad basada en la necesidad de competir con el partido enemigo. En este asunto los mandos militares no dejaron de tener una presencia considerable, aunque en la mayoría de los casos acotada a un hecho en particular. Así, a los disensos internos les seguían o se les sumaban sublevaciones, tomas de instalaciones, renunciaciones presidenciales, estados de sitio y también elecciones. Entre 1902 y 1912, ningún presidente civil “terminó su mandato dentro de los términos constitucionales”<sup>7</sup>.

En 1912, tras una más de las tantas revueltas políticas, se inició un período de hegemonía del partido liberal. Aunque sacudido por sus internas políticas, ese partido logró sostener gobiernos mayoritariamente civiles que no dejaron de recurrir

a los militares en distintas ocasiones. En 1920 asume la presidencia la dupla conformada por Manuel Gondra y Félix Paiva, quienes inauguraron también la entrada de una nueva generación de políticos que no logró sin embargo, asentar una tradición administrativa conveniente.

El cambio de siglo implicó también para el Paraguay la maduración de la generación de posguerra que necesitaba enfrentar la recuperación de una identidad nacional tras el trastorno de la guerra. Así, la identidad nacional durante la posguerra es resultante del estreno del liberalismo como ideología moderna de estado, en el sentido de un “arte de gobierno”. A inicios de 1900 se hacía urgente la cuestión de la definición de una identidad nacional, ante la desarticulación imperante ocasionada por la derrota, que había suspendido las referencias anteriores y sumido al país en una economía desolada, dependiente de préstamos (para enfrentar los *costos* de la guerra) que habían llevado a la venta de enormes extensiones de tierra, antes fiscales, y de la presencia de empresas transnacionales extractivas, entre otras características comunes a los países en “situación de *dependencia*” en cuyas filas se alistaba ahora el anteriormente aislado país. Evidentemente, la situación poblacional y demográfica era también crítica en ese período si nos atenemos a los datos censales de la época. Hacia la mitad de 1880, el primer censo nacional de la posguerra estableció 329.645 habitantes en el Paraguay<sup>8</sup>. Para 1921, la población

7 Brezzo, “Reconstrucción, poder político y... 219.

8 *Idem.*



rondaba las 800.000 personas, de las cuales un 10 % habitaba en la capital, con una población rural estimada en 70%<sup>9</sup>. Estos datos traen a consideración una característica central en la configuración del mapa sociopolítico nacional hasta la actualidad, pese a los cambios de color y partido en el gobierno y la dirección del país: la concentración de la riqueza en Asunción en desmedro de una gran masa campesina y rural excluida incluso de las condiciones mínimas que aseguraran su supervivencia, lo que incluye, fundamentalmente, el suelo<sup>10</sup>.

Los treinta años transcurridos entre el final de la guerra, y el inicio del siglo XX, consolidaron un modelo político económico y social completamente opuesto al perteneciente al periodo inmediatamente anterior. Podemos sintetizar los aspectos principales de la transformación del siguiente modo: a) la desarticulación de la organización económica campesina, que significó la privatización y venta de tierras públicas; b) la dependencia económica e incluso política del estado del capital extranjero; c) la inauguración de la desigualdad y la exclusión como relación social inmanente; d) la competencia política entendida como (y agotada en) el acceso a los cargos del estado; e) la corrupción como elemento integrador de la administración del estado, y f) la violencia como vía política. Estos elementos caracterizan hasta la actualidad al sistema político paraguayo.

En un último destello, la guerra de la Triple Alianza implicó para el Paraguay la exaltación de un patriotismo que había tenido un tiempo previo de fragua en características germinadas desde el período colonial. El mismo mecanismo de la guerra, atizó la identidad nacional aunándola a la defensa de la patria y al mismo tiempo a la misma sobrevivencia física; sin embargo, la derrota implicó suspensión, castigo y *represión* de las categorías que pocos años atrás cimentaban la propia visión del mundo. La figura del antiguo jefe, el Mariscal López, fue prohibida, y él mismo fue denunciado como traidor, “nerón sudamericano”, “enemigo de la humanidad entera”, etc. Es de destacar que en este contexto, los altos mandos y la élite económica que sobrevivió al conflicto, halló tiempo y lugar de consolidar una posición material, que le dio mejores condiciones de adaptación y comodidad en sus contradicciones, incluso, demás está decirlo, una posición económica y social mucho más favorable que la anterior, porque habilitó una distancia que marcaba la distinción. No fue el caso de los campesinos y miembros de la tropa sobrevivientes, desde entonces silenciados y hasta olvidados, consignados a tierras ajenas y despreciados por esta misma acción, sin que hallaran de esta forma, ningún tipo de reconocimiento, ni vías de tramitar la vergüenza que suponía su anterior fidelidad y compromiso con la identidad nacional. Escribe Capdevila: “El Estado y las élites políticas instalaron

9 Siempre deben tenerse en cuenta las implicancias de definición de “ruralidad” en un país como el Paraguay, donde la capital ha sido durante mucho tiempo el único enclave verdaderamente urbano, aunque non troppo. Ver, Ricardo Scavone, “Guerra Internacional y confrontaciones políticas (1920-1954)”, en *Historia del Paraguay*, ed. Ignacio Telesca (Asunción: Taurus, 2010).

10 La concentración de la riqueza en el Paraguay implica que el 2% de la población posee el 85% de la tierra.



en el espacio público la representación de la guerra de los vencedores, denunciando sobre todo la tiranía y la locura de López, haciéndole llevar la responsabilidad del “naufragio nacional”. Él y sus antecesores habrían mantenido el Paraguay en un estado de barbarie. En consecuencia, la guerra, finalmente, habría permitido a los paraguayos engancharse al tren de la modernidad. Concentrar todas las responsabilidades sobre el jefe fallecido era para las élites resultantes de los dos campos una lectura cómoda que les evitaba todo examen de conciencia, y les permitía callar sus desacuerdos. Por otra parte, esta lectura de la historia conduce a pensar una ruptura radical a favor del progreso, y rechaza la idea de la continuidad histórica. Sin embargo, estaban en contradicción con la sensibilidad de numerosos supervivientes, que ciertamente se dividían sobre la interpretación de la figura del mariscal López, pero cuyo mayor número esperaba el reconocimiento de su participación en la contienda y de su sacrificio patriótico ¿Cómo dar sentido a un sacrificio colectivo, cuya causa se reducía a los caprichos de un monstruo? Se entiende la contradicción esencial a la cual se enfrentaba esta primera generación”<sup>11</sup>.

El tiempo transcurrido desde el final de la guerra, sumado al contexto de crisis económica profunda en la que el poder del capital extranjero y la dependencia

del mismo se consolidaron, dio lugar al aflojamiento paulatino del control sobre el discurso nacionalista reivindicativo puesto en marcha por los gobiernos anteriores. Por otro lado, la competencia entre los dos partidos para cooptar miembros, y el caudillismo como mecanismo de gestión de liderazgos, necesitaba de los campesinos, lo que implicaba también revalorizar sus códigos e incluirlos, en mayor o menor medida en los discursos y promesas, reconociendo de paso, la cuestión latente de la identidad nacional suspendida. Finalmente, el surgimiento de una generación ajena a la disputa discursiva entre el *lopismo* o *antilopismo*<sup>12</sup>, que la veía como una incomodidad sin asidero histórico ni vivencial, impuesta por un discurso extranjero sobre el Paraguay, impulsó la producción de un discurso y un debate sobre la identidad nacional. Simultáneamente, el contexto regional iniciaba también lecturas revisionistas del pasado histórico que incluyeron una perspectiva -que la distancia permitía- del conflicto, y que no dejaron de tener influencia en el país. Brezzo señala también como elemento asociado a la sanción de una historiografía nacional, la influencia ejercida por la presencia de intelectuales extranjeros en ese mismo ambiente<sup>13</sup>.

Lo anteriormente esbozado implica, en términos analíticos, una primera represión de historicidad que, en la lectura

11 Luc Capdevila, “El macizo de la Guerra de la Triple Alianza como substrato de la identidad paraguaya”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Colloques, mis en ligne le 20 janvier 2009, consulté le 08 juin 2015. URL: <http://nuevomundo.revues.org/48902>; DOI: 10.4000/nuevomundo.48902.

12 Se trata de la puesta en cuestión de la lealtad al régimen de los López (Carlos Antonio, padre y Francisco Solano, hijo respectivamente) anterior a la guerra misma y vinculada a la propaganda internacional contra el régimen, que, tras la guerra siguió vigente, marcada por la nueva situación sociopolítica. Ricardo Scavone Yegros, *Polémicas en torno al gobierno de Carlos Antonio López: Defensa y oposición al régimen lopista en la prensa de Buenos Aires (1857-1858)* (Asunción: Tiempos de Historia, 2011).

13 Cecilio Báez, y Juan E O’Leary, *Polémica Sobre la Historia del Paraguay. Estudio Introductorio de Liliana Brezzo* (Asunción: Tiempo de Historia, 2011).



posterior de los acontecimientos, reviste una importancia fundacional, ya que desde la posguerra de la Triple Alianza, la identidad nacional debe pensarse desde el liberalismo como contexto resultante de una imposición que viene de la mano de la obturación violenta del proceso político previo, de su *sustitución* en base a su ilegitimidad supuesta. Sin embargo, tal como intentaremos demostrar más adelante, este *conflicto original*, resulta barrado en la posta de la reconstrucción identitaria.

En Paraguay, la cuestión de una nueva identidad nacional se define desde 1900 a partir de un enfrentamiento intelectual dentro del campo de la historia. Los miembros del novecentismo paraguayo, corresponden a una generación de jóvenes, la mayoría educados en la posguerra, a los que se le sumaron algunos de más edad, que asumieron la tarea de dotar al país de cimientos culturales, que no resultaban sino incipientes en el periodo inmediatamente anterior a la guerra y que fueron dilapidados durante esta. Desde 1895 un grupo reunido alrededor del *Instituto Paraguayo*, se dedicaría a rescatar el pasado interpretándolo. En este marco se inscribe el debate fundacional entre Juan E O'Leary y Cecilio Báez que consistió en un intercambio de artículos que adquirió ribetes de enfrentamiento<sup>14</sup> y que se inició con la publicación por parte de Cecilio Báez de un artículo titulado "Optimismo y pobreza" aparecido en 1902, donde el autor afirma que "El Paraguay es un pueblo cretinizado por secular despotismo, y desmoralizado

por treinta años de mal gobierno", lo que encendió la mecha. Báez criticaba, como trasluce el fragmento, la administración del estado durante los años que siguieron a la guerra, aunque la crítica profundiza también en las raíces históricas culpando a la tiranía y la falta de educación que se remonta a la colonia, con lo cual, aunque su postura se inicia en un análisis crítico de la situación del país, la misma no llega a afectar el marco que la genera, el cual es más bien identificado con la tiranía previa y la política de la corona española<sup>15</sup>.

A esta postura inicial, le corresponde una serie de respuestas de otro joven intelectual, Juan E. O'Leary, que opone a esta interpretación la de un pasado heroico con una edad de oro, dedicándose a la reconstrucción de un pasado glorioso, que no llega sin embargo a cuestionar el marco del momento. Más bien construye un puente imaginario que lleva de la adulación del *ethos* guerrero nacional a la salutación de los próceres que la dirigen. El saldo de esta controversia que tomó estado público fue la polarización del discurso histórico en los términos propuestos por Juan E O'Leary, esto es en términos de una versión del mito nacional. Esta versión puede ser comprendida a través del tamiz de la necesidad acuciante de una recuperación identitaria para los paraguayos que fue resuelta *in extremo* como modo de paliar su ausencia previa, por lo que la pregunta apuntaría más bien a su consolidación a lo largo del siglo XX, y su validez contemporánea<sup>16</sup>.

14 *Idem*.

15 Liliana Brezzo, "En el mundo de Ariadna y Penélope: hilos, tejidos y urdimbre del nacimiento de la historia en el Paraguay". *Estudio introductorio a Polémica sobre la historia en el Paraguay*. 1era. edición (Asunción: Tiempo de Historia, 2008) 11-63.

16 La perspectiva de O'Leary se extiende en la obra de Natalicio González, quien define una "esencia" paraguaya en términos de tierra,





En los términos del debate, la cuestión de la búsqueda de un *origen propio* llama la atención sobre la clausura operada respecto a los términos identitarios propiamente históricos presentes hasta la derrota, y su sustitución mediante la sanción de un origen que sólo puede reconocerse como impoluto y apoteósico, so riesgo de desarmar el edificio entero sobre el que el mismo descansa<sup>17</sup>.

La sanción del discurso historiográfico en términos de un pasado glorioso cerró así el debate sobre los mecanismos que habían cimentado la condición concomitante de pobreza y mala distribución en el país. De hecho, resulta relevante recordar que ya el contexto socioeconómico en el que tiene lugar el nacimiento de la historiografía nacionalista refleja la crisis del sistema económico liberal instaurado desde el final de la guerra, cuestión que aparece en el inicio de la polémica entre Báez y O'Leary pero que es opacada por el "triunfo *epopéyico*" de este último.

A modo de síntesis podemos decir que la definición historiográfica de la cuestión identitaria de la postguerra de 1870 se dio en el marco del liberalismo con arreglo a un juego de distancias entre la situación real, concreta de los habitantes del Paraguay, y un pasado imaginado como marco de las (im)posibilidades subjetivas del presente. La regulación de estas (im)

posibilidades incluyeron la instauración y cuidado de un discurso histórico nacional mítico, en el que la distancia que separa este pasado supuesto de la situación conflictiva del presente, facilitando la regulación y la administración de conflictos, se establece mediante la recuperación de fragmentos de un pasado inserto en un relato mítico que no llega a cuestionar el presente.

Sin embargo, en un primer momento, los términos de esta recuperación identitaria abrieron un hiato que trajo aparejado un mínimo desarrollo institucional y el advenimiento de gobiernos mayoritariamente civiles que no lograron desafiar ni el marco económico ni la constante disputa por el poder mediante la violencia como elemento político, válida incluso al interior de un mismo grupo. Una violencia que no puede dejar de reconocerse como un eco constante del anterior conflicto armado debido a su continuidad a lo largo del desarrollo histórico de la posguerra. Efectivamente, parece pertinente señalar el recurso a la violencia como camino abordable para la resolución de tensiones políticas con una característica común: sea cual fuere el origen y contenido de los sucesivos levantamientos, los mismos en la historiografía del Paraguay son nombrados, de manera particular, justamente por aquello que posponen: revoluciones.

raza e historia. Aunque los términos están acotados al momento en el que son dados a luz, podemos decir que se instalan y tienen continuidad en el tiempo, sobre todo en la sanción que recibieron como textos fundacionales de la nacionalidad durante la larga dictadura stronista (1954-1989). Al punto tal que actualmente esa sigue siendo la "perspectiva nacional" vigente en los textos escolares, pero también en gran parte de la producción que se quiere histórica: ampulosa, grandilocuente, aguerrida y, por sobre todo, incuestionable.

17 En palabras de Foucault: En realidad lo que Nietzsche nunca cesó de criticar después de la segunda de las intempestivas, es esta forma de historia que reintroduce (y supone siempre) el punto de vista suprahistórico: una historia que tendría por función recoger, en una totalidad bien cerrada sobre sí misma, la diversidad al fin reducida del tiempo; una historia que nos permitiría reconocernos en todas partes y dar a todos los desplazamientos pasados la forma de la reconciliación; una historia que lanzará sobre todo lo que está detrás de ella una mirada de fin del mundo. Michel Foucault, *Microfísica del poder* (Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1979), 7.





Desde mediados de 1920, de la mano de actores ajenos a la política tradicional (cuya continuidad del nombre propio en la escena, y por regla general, dentro del mismo partido, dicho sea de paso, se remonta hasta la actualidad, dejando entrever hasta qué punto permea la vinculación tradicional, la racionalidad aparente de la reorganización política) se produjeron manifestaciones y huelgas de estudiantes y trabajadores, reprimidos en su mayor parte, con ocasionales muertes de manifestantes, tal como sucedió en 1931 durante una manifestación estudiantil. El alcance potencial de estas actividades, que nunca lograron cuestionar seriamente la estructura política instalada, puede percibirse en torno a la aparición, por ejemplo, del *Nuevo Ideario Nacional*, publicación que reclamaba la finalización del régimen liberal y el establecimiento de una “República comunera”. Pero estas nuevas ideas no tuvieron tiempo de consolidarse pues nuevamente una guerra aplazaría el incipiente proceso de cambio.

#### LA GUERRA DEL CHACO. METÁFORA Y METONIMIA DEL DISCURSO HISTORIOGRÁFICO EN EL PARAGUAY

“Nuestros ancestros lucharon allá, porque el territorio de los paraguayos es allá y el nuestro era acá, así era, un especie de cataclismos nos hicieron, cuando los gobernantes nos crearon la guerra, dejando quitar nuestra tierra.

Nuestra gente de aquella época no tenía los límites de sus territorios y por esa razón no sabían lo que es una frontera. Pero cuando entraron los blancos, ellos ya limitaron su territorio hasta donde les pertenece, y de ahí surgió lo que ellos llaman frontera. Nuestros ancestros tampoco conocían lo que es la bandera, y todo fue por las costumbres de la gente blanca que en esa época eran desconocidas por nuestra gente. El conflicto se originó por lo que los blancos llaman frontera, ya que cada

uno de los gobernantes de ambos países quería ampliar su territorio”.

Indígena Isoceño  
(Entrevistado por Jürgen Riester)

Los orígenes inmediatos de la guerra contra Bolivia, que se extendió entre 1932 y 1935, se remontan ya a 1852, cuando ese país protesta ante la firma de un tratado entre la Argentina y el gobierno de Carlos Antonio López, en el que se reclamaba la jurisdicción de la antigua Audiencia de Charcas. Algunas idas y vueltas diplomáticas posteriores tuvieron lugar desde el final de la guerra de la Triple Alianza, pero como ya ha sido comentado, luego de esta guerra el estado vendió grandes extensiones de tierra en el Chaco, como modo de recaudar fondos para superar la bancarrota. Esto ocasionó un paulatino y todavía somero poblamiento de las tierras -fundamentalmente con presencia militar- hasta entonces habitadas por pueblos indígenas que circulaban por ellas sin mayores restricciones.

La tensión en torno al territorio chaqueño fue en aumento desde la segunda década del siglo XX. A la muerte del teniente paraguayo Rojas Silva en 1927, y tras un ataque boliviano, las fuerzas paraguayas destruyeron un fortín boliviano en 1928, lo que trajo aparejada la ruptura de relaciones diplomáticas entre los dos países, tras un intento fracasado de una mediación por parte de la Argentina. La guerra fue declarada formalmente en 1932, luego del desalojo por parte del ejército boliviano -ironías de alguna recurrencia que la historia se permite- del fortín paraguayo “*Carlos Antonio López*”, en Pitiantuta.





Cuando estalló la guerra del Chaco contra Bolivia, la situación económica paraguaya seguía siendo un problema endémico del país, que se entrecruzaba con la inestabilidad política interna y el acecho constante de los grupos fuera del poder y en pugna por el acceso al mismo, fuente por cierto, de tranquilidad económica para sus ocupantes de turno. Antes de esta guerra, “la mala distribución del ingreso mantenía a gran parte de la población, especialmente en las áreas rurales, en situación de pobreza crítica. Se calculaba que cuatro niños de diez morían antes de llegar a la edad adulta, y tres sobrevivían atacados por serias enfermedades”<sup>18</sup>.

El conflicto se insertaba pues, en el mapa económico internacional, ya que la guerra demostraba ser un buen negocio a corto plazo para las potencias imperiales en situación de costearla. En ella se jugaban, en un sentido literal, intereses tanto financieros como políticos. La región del Chaco ya era fuente importante de ingresos. Allí existían establecimientos forestales y ganaderos, al igual que el petróleo, explotados por la Standard Oil después de una concesión del gobierno boliviano. Según Scavone, la empresa norteamericana veía dificultades para extraer el petróleo, lo que reafirmó la intención de Bolivia “de asegurarse un puerto propio sobre el río Paraguay, que facilitase la exportación

de dicho producto”, lo que iba contra intereses argentinos y británicos<sup>19</sup>.

La guerra terminó, tras un acuerdo diplomático y la sanción negociada de los límites, el 12 de junio de 1935. Las escenas de la misma han quedado asociadas a la desolación que invoca el aletargado paisaje chaqueño y al silencio de los pueblos indígenas afectados de una vez y para siempre por la presencia paraguaya en sus territorios<sup>20</sup>.

Al mismo tiempo, la victoria obtenida en esta segunda guerra, vino a significar en el Paraguay la clausura de la guerra de la Triple Alianza, elemento organizador del discurso nacionalista, y también justificación histórica de la realidad social del país; o en otros términos analíticos, el hecho traumático, la herida narcisista de la (re)organización nacional. Esta clausura está dada fundamentalmente porque la victoria implicó (al menos en un primer momento), la superación de la derrota padecida como huella identitaria. La imagen del Paraguay derrotado pudo por fin ser volcada a su opuesto. Por ello, la centralidad de la Guerra del Chaco tanto en términos historiográficos como identitarios, está asociada al vínculo que la misma establece con la primera guerra, posicionándose como final de juego y apertura de lo que sería una nueva partida.

18 Ricardo Scavone, “Guerra Internacional y confrontaciones políticas (1920-1954)”, en *Historia del Paraguay*, ed., Ignacio Telesca, (Asunción: Taurus, 2010) 232.

19 *Ibid*, 238.

20 Para una aproximación a las guerras desde una perspectiva interdisciplinaria y comparada ver el volumen editado por Nicolas Richard, Luc Capdevila y Capucine Boidin, *Les guerres du Paraguay aux XIXe et XXe siècles: actes du colloque international le Paraguay à l'ombre de ses guerres, acteurs, pouvoirs et représentations*, Paris, 17-19 novembre 2005 (Paris: CoLibris, 2007). Específicamente sobre los indígenas y la guerra del Chaco ver Nicolas Richard, *Mala guerra: los indígenas en la Guerra del Chaco, 1932-1935* (Asunción/París: ServiLibro, Museo del Barro, CoLibris, 2008); Luc Capdevila, Isabelle Combès, Nicolás Richard y Pablo Barbosa (eds.) *Los Hombres Transparentes: Indígenas y Militares en la Guerra del Chaco (1932-1935)* (Cochabamba: Instituto de Misionología, 2010).



Este aspecto la ubica como pieza clave de la composición político ideológica del Paraguay contemporáneo por la vía de dos movimientos con eficiencia concomitante que podemos reconocer como *condensación y desplazamiento*.

En términos del argumento aquí presentado, se considera condensación a una suerte de abreviatura entendida como canal de pasaje de los varios procesos operativos tras la emergencia de un sentido con fuerza suficiente; mientras que el desplazamiento se refiere al deslizamiento de elementos vinculado a esta emergencia condensatoria que pasan a ser operativos desde la latencia y que adquieren sentido explícito en la acumulación de su dispersión, en la presión que pueden ejercer hacia la condensación.

Teniendo en cuenta el primer movimiento, la guerra del Chaco se constituyó rápidamente en un punto de inflexión del discurso nacionalista en el Paraguay, obrando la sustitución de la imagen de la primera guerra perdida, la guerra de la Triple Alianza, por un imaginario de “épica triunfante” ligado a la guerra ganada. Siguiendo a Luc Capdevila, podemos decir que en el análisis de las representaciones que jalonaron “el discurso de movilización, orientaron y luego cristalizaron la percepción de la guerra del Chaco, podremos identificar el mecanismo mental a la base del relato de una epopeya nacional, ahí donde otra historia ocurrió”<sup>21</sup>.

Después de la guerra del Chaco el discurso nacionalista resultante de la

disputa de inicios de siglo, halló por fin momento de fraguar, dándole nuevo contenido concreto a su imaginaria heroica. El acontecimiento fue la ocasión de condensar el relato heroico y epopéyico dándole verosimilitud como victoria. La Guerra del Chaco operó así el cierre del trauma anterior por la vía de la sustitución de la derrota histórica por la victoria militar de la “raza”, que implicaba un “olvido” de las contradicciones implicadas en la guerra anterior y extendidas hasta la guerra del Chaco, reemplazadas ahora por un imaginario victorioso acorde a las loas identitarias habilitadas por la historiografía nacional. Se habilitaba así la puesta en juego de un significante central, latente a lo largo de los años de “reconstrucción nacional”: la guerra como cuestión de defensa de la soberanía nacional e incluso del “ser” paraguayo. En términos de ideología, esta sustitución puede entenderse desde el punto de vista de un retorno del acontecimiento primero, traumático, y la posterior represión de su especificidad, al ser reemplazado por un imaginario que asocia lo militar a la victoria, y ésta a la identidad nacional, una suerte de resarcimiento histórico. Otra condensación simultáneamente operada, asociada al discurso nacionalista heroico, fue la confirmación de la presencia militar como elemento central del gobierno nacional. Así el significante “militar” fue promovido a la posición dominante en el escenario político nacional. Si bien es verdad que esta operación venía reuniendo ya cierto peso en el desarrollo de los acontecimientos políticos de la posguerra del setenta, donde en los hechos, los

21 Luc Capdevila, *Una guerra total, Paraguay 1864-1870: ensayo de historia del tiempo presente* (Asunción/Buenos Aires: Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica/Editorial Sb, 2010), 14.



ministerios de guerra y marina fueron siempre dos puntos neurálgicos de la administración, a partir del conflicto en el Chaco, el mismo adquiere legitimación *histórica*, lo que implica que los militares son vistos como elementos necesarios y sostén de la vida política nacional.

Respecto al segundo movimiento, y en correlación con el primero, la guerra del Chaco operó fundamentalmente el desplazamiento y diseminación de la violencia como mecanismo vinculado a la cuestión identitaria padecida en la primera guerra. Así la imposición sufrida desde el exterior, fue replicada hacia el interior del país, el territorio restante fue nuevamente enajenado e incluso una nueva constitución fue sancionada, legitimando con ello las falencias concomitantes con el ejercicio concreto del discurso liberal impuesto en la posguerra. Nuevamente, si bien desde el final de la guerra, la violencia siguió replicándose en cada rincón de la nueva patria, el corte operado por la guerra del Chaco le devolvió vigor asociándola al triunfo obtenido. En definitiva: El estado adquirió el monopolio de la violencia, antes puesto en el exterior, como modo de control de la población interior.

Este panorama permite también otra constatación, la victoria obtenida en una segunda guerra, instala la repetición de elementos presentes en la primera, pero con un nuevo valor agregado; así surgen gobiernos militares cuya legitimidad descansa en figuras participantes del conflicto (Caballero y Escobar en la primera, Estigarribia y Franco, por citar dos, en la segunda) y se habilita el Chaco como territorio apto para la especulación con la tierra.

Este último elemento explica el hecho de que en realidad, las primeras víctimas del juego de condensación/desplazamiento resultante de la guerra fueron los indígenas chaqueños, ya que para el Paraguay, a nivel geográfico, esta guerra implicó particularmente la extensión de la presencia del estado nacional sobre gran parte del territorio chaqueño de la mano de la expansión militarista y a contrapelo del deseo de los distintos pueblos indígenas, antiguos habitantes y señores de la zona, que vieron su autonomía extinguirse con la llegada del actor nacional.

De este modo, la guerra del Chaco reprodujo a escala interior, el drama que la guerra de la Triple Alianza había producido desde el exterior: la imposición de una situación colonial en un territorio con una autonomía particular previa. Al igual que lo sucedido a los campesinos al final de la primera guerra, los indígenas experimentaron en esta nueva guerra el rigor de la presencia blanca, que logró finalmente hacer sucumbir más de cuatro siglos de resistencia. Aunque dicho territorio había sido ya confiscado legalmente por el gobierno de Carlos Antonio López a cambio del otorgamiento de *ciudadanía* para todos sus ocupantes, en los hechos continuaba estando, al menos en su mayor parte, liberado. Esto nos lleva a afirmar, en acuerdo con Nicolás Richard, que la ocupación del Chaco resultante de la guerra implicaba también la continuidad y el cierre de las campañas de ocupación y conquista de tierras indígenas en América del Sur por parte de los estados, y la consiguiente ocupación del Chaco Boreal, “último gran espacio indígena de América meridional que había quedado al margen de las dinámicas estatales y de



las soberanías nacionales”<sup>22</sup>. Escribe Richard: “Este dispositivo tiene lugar sobre un espacio social ya constituido, del que calca las principales líneas de organización, vehiculando las tensiones interétnicas que lo atraviesan, y explotando los principales recursos disponibles. Esta guerra interestatal se desarrolla entonces según otra genealogía. No es ya una genealogía “contemporánea”, la de las guerras entre Estados-naciones soberanos, sino aquella, colonial, de las campañas militares de ocupación de los territorios indígenas, que las jóvenes repúblicas sudamericanas emprendieron desde la segunda mitad del siglo XIX”<sup>23</sup>.

Varias poblaciones se vieron implicadas de distintas formas en el conflicto, cooperando con cualquiera de los bandos, en lo que puede ser reconocido como una apuesta política de parte de los mismos. Al final de la guerra, su situación cambió radicalmente, se vieron conminados a convivir con los ocupantes en los términos por ellos dispuestos. Como señala Zanardini, la zona era prácticamente desconocida para los agentes estatales. No existía gran interés en explotar sus recursos fuera del quebracho para la producción de tanino. Al finalizar la guerra se indujeron iniciativas para afirmar y fortalecer la soberanía del Estado en esa región. Se diferenciaron dos líneas de pensamiento y de acción. Una, fomentaba la expansión de estancias desde

el río Paraguay hacia el oeste y la apertura de una red de picadas para las prospecciones petroleras. Otra, se orientaba a controlar a las poblaciones indígenas que ocupaban el territorio. “La relación entre indígenas y Estado constituía un obstáculo serio para la sociedad nacional que no tenía ningún contacto institucional, excepto aquellos encuentros esporádicos y a veces conflictivos con los militares desplazados en el territorio chaqueño”<sup>24</sup>. La radicalidad de la cuestión indígena en el Paraguay, en el límite siempre quebrado de la sobrevivencia debido a la expoliación del territorio y al desentendimiento total del estado respecto a sus pueblos hace también las veces de réplica de la anterior posguerra, pero con la diferencia de que esta victoria evidencia las bases ya únicamente *nacionales* del despojo. En 1935 el estado paraguayo completa así su inscripción en la lógica impuesta al país por los aliados en 1870.

De manera paradójica, la historiografía liberal más lúcida<sup>25</sup> lee el desarrollo histórico posterior a la guerra del Chaco como resultante del estreno del autoritarismo en el Paraguay en oposición al intento liberal de la década de 1920 de poner en marcha los famosos principios liberales consagrados por la constitución de 1870. Es una lectura curiosa porque la misma omite la continuidad de las bases estructurales de la violencia, es decir la exclusión padecida por la mayor parte

22 Nicolas Richard, “Cette guerre qui en cachait une autre. Les populations indiennes dans la guerre du Chaco”, en *Les guerres du Paraguay aux XIXe et XXe siècles : actes du colloque international le Paraguay à l'ombre de ses guerres, acteurs, pouvoirs et représentations*, Paris, 17-19 novembre 2005, eds. Richard et al. (Paris: CoLibris, 2007) 222.

23 Richard, “Cette guerre qui en cachait une autre...”, 235.

24 José Zanardini, “Los indígenas y el Estado paraguayo después de la Guerra del Chaco”, en *Les guerres du Paraguay aux XIXe et XXe siècles*. Richard, et al. (Paris: CoLibris, 2007), 327-328.

25 Efraím Cardozo, *Breve Historia del Paraguay* (Buenos Aires, Eudeba, 1965); Carlos Pastore, *La lucha por la tierra en el Paraguay* (Montevideo: Editorial Antequera, 1972); Guido Rodríguez Alcalá, *Ideología autoritaria* (Asunción: RP, 1987); Milda Rivarola, *La constestación al orden liberal. La Crisis del liberalismo en la preguerra del Chaco* (Asunción, Centro de Documentación y Estudios, 1993).



de los habitantes del país bajo tutela de dicha constitución, acentuando el corte menos democrático de la constitución de 1940 que no hizo quizás más que ajustar la realidad al discurso.

A nivel político el reordenamiento del país también evidencia la conjunción de los procesos arriba descritos. Meses después del final de la guerra, se esperaba que la victoria obtenida trajera aparejado el mejoramiento de la complicada situación política y económica. Varios factores convergían así en este particular contexto, tales como las siempre postergadas luchas y reivindicaciones de sectores jóvenes y ajenos a los dos partidos, la aparición del actor estudiantil y de las ideologías opuestas al liberalismo como discurso económico y social.

En este escenario y respaldado por un sólido prestigio debido a su actuación durante el conflicto, y ante la catastrófica situación que el estado exhibía—sin medios ni recursos para el reconocimiento de más de cien mil excombatientes y a raíz de una cierta mezquindad vinculada a la proximidad electoral—, hizo su entrada en escena el coronel Rafael Franco. Éste protagonizó un levantamiento militar en febrero de 1936 que instaló en el poder un gobierno conformado de una tercera fuerza política llamada con el nombre del mes que le había dado vida: febrerismo. La participación inicial de sectores postergados en la primera etapa del gobierno, no fue un contrapeso suficiente para la estructura y dinamismo político previos. El partido liberal, que había perdido el

poder, opuso férrea oposición poniendo en marcha una campaña de desprestigio del gobierno. Algunos factores internos como la ausencia de un programa de gobierno y el enfrentamiento de ciertas identificaciones políticas opuestas de izquierda y derecha participantes del gobierno, terminaron siendo funcionales a los intereses de las fracciones más poderosas. A poco tiempo de establecido, la falta de compromiso ideológico concreto conllevó la salida de los distintos grupos adherentes y, finalmente, el derrocamiento del gobierno por parte de los mismos militares en 1937.

La misma intensidad del breve gobierno febrerista atestigua de una energía postergada que consideramos vinculada a la cuestión reprimida de la identidad nacional en la posguerra, sustituida tal como hemos visto, por un discurso deshistorizado y por lo tanto ajeno cuyo vehículo era *naturalmente* el actor militar como asociado a la heroicidad enarbolada como bandera propia. Siguiendo el argumento esgrimido, esto indica que una vez habilitada la repetición en el episodio de la guerra, volvieron a aparecer fugazmente las voces sin lugar en la política desde 1870. A pesar de estas emergencias, y tras un “manotazo de ahogado”, el período se cierra con el fortalecimiento de los esquemas autoritarios siempre en vigilia<sup>26</sup>. Una vez más, ante el desgaste del partido liberal, el partido colorado esperaba nuevamente su turno.

Depuesto el gobierno de febrero, los dos partidos políticos tradicionales, con las garras afiladas en el conflicto, y

26 Ana Couchonnal, “La historia como medio decir. Duelo y subjetividad política en el Paraguay”, en *Estudios Paraguayos* XXVIII, 1 y 2 (Asunción 2010): 307-321.



ante el peligro de la emergencia de actores ajenos a la estructura que finalmente (y hasta hoy) los hermanaba, trajeron a escena los mecanismos políticos habituales. Al mismo tiempo, un actor externo sin mayor preponderancia hasta el momento, empezó a pisar con mayor peso, los Estados Unidos de Norteamérica.

En 1939 el gobierno paraguayo obtenía un préstamo de tres millones de dólares de los Estados Unidos para la construcción de una ruta hacia el Brasil, así como el compromiso de ayuda técnica para la “modernización del sistema financiero”<sup>27</sup>. La presencia del país del norte como nuevo actor preponderante, puede ser leída como resguardo de las garantías del liberalismo en su hegemonía. De cualquier manera, la preponderancia de los Estados Unidos ya no sería disputada por ningún otro actor extranjero.

En 1939, otro militar, el General José Félix Estigarribia (ascendido *post mortem* a Mariscal tras su trágico accidente aéreo al año siguiente), quien había conducido exitosamente la Guerra del Chaco, fue propuesto como candidato de consenso de ambos partidos. Quizás la brevedad de su gobierno permite a la historia resguardar sus logros, ya que el mismo murió trágicamente en setiembre de 1940 tras haber promulgado el 15 de agosto de 1940, tras casi setenta años, la constitución en reemplazo de la de 1870.

La nueva Constitución asentaba un poder ejecutivo fuerte, con atribuciones para intervenir en la vida social y económica nacional, estableciendo además la

función social de la propiedad privada, limitando las libertades a la sujeción a la ley y el orden público. Se creó un consejo de estado integrado por los ministros, representantes de la iglesia católica, la universidad, las Fuerzas Armadas, el comercio y las industrias, que remplazaba la vicepresidencia. Este estatuto contemplaba incluso la expropiación e indemnización de tierras no utilizadas y el retorno al Estado de aquellas no aprovechadas racionalmente, propiedad de extranjeros y con deudas de impuestos inmobiliarios de más de cinco años. En este gesto convergieron tanto la indoblegable situación de crisis arrastrada desde el final de la guerra del setenta, como la otoñal “primavera” febrerista inaugurada tras la guerra con Bolivia. Las posibles buenas intenciones, no alcanzarían a cambiar el rumbo que la tradición popular les otorga.

Los acontecimientos políticos previos a la asunción del mando por parte de Stroessner no perturbaron la monotonía de los mecanismos políticos habilitados. A Estigarribia le siguió, dando pruebas de la ya instalada preponderancia del sector militar en el Paraguay, su ministro de Guerra y Marina, Higinio Morínigo, hábil personaje que, en una serie de golpes, logró deshacerse del marco político heterogéneo previamente configurado por Estigarribia en aprovechamiento de las energías liberadas por la posguerra, centralizando el poder en su persona, rodeada de militares y de un grupo de católicos conservadores conocidos como *tiempistas* en alusión a la publicación *El Tiempo*, que los agrupaba.

27 Scavone, “Guerra Internacional y confrontaciones...” 249.





El final del gobierno de Morínigo en 1948 implicó una vez más, la apertura del juego a las distintas fuerzas políticas alejadas de la escena, y la clausura del espacio en términos de inusitada violencia, durante la llamada Revolución del '47, verdadera guerra civil, a lo largo de la cual "las agresiones verbales, las persecuciones y el enfrentamiento de varios meses habían dividido profundamente a los paraguayos"<sup>28</sup>.

Este acontecimiento sentó las bases de la nueva hegemonía del partido Colorado, precedida, como era costumbre, por una serie de golpes y contragolpes al interior del mismo, que terminaron en la toma del poder y posterior candidatura del entonces Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, el general Alfredo Stroessner, en cuyo gobierno la historia volvió al pedestal heroico, los militares a la tutela de una paz obligada y el pueblo a un silencio forzado.

Así, a corto plazo, el nuevo despliegue de la violencia supuso un retorno a la escena nacional de la muerte como significativo desplazado a lo largo de todo el proceso de reconstrucción posterior a la guerra de 1870, constituyéndose en un elemento organizador-inconsciente del discurso de la identidad política, con la vigilia de una violencia atesorada como umbral de lo posible e instalada como mecanismo del poder.

## CONCLUSIÓN

Pueblo mío  
cuando  
lejos de los días pasados  
renazca una cabeza bien puesta sobre  
tus hombros  
reanuda  
la palabra

Aimé Césaire,  
*Lejos de los días pasados* (fragmento).

A lo largo de este artículo hemos buscado analizar la relación existente entre las dos guerras del Paraguay, la de 1864-1870 y la de 1932-1935, como momentos clave de emergencia y consolidación del actor militar como elemento definitorio de la política nacional, proceso que culmina con el inicio de la dictadura stronista (1954-1989).

La guerra contra la Triple Alianza implicó para el Paraguay la descomposición de todo su tejido social, económico e identitario preexistente y su reemplazo inmediato por el liberalismo como modo de gobierno. Este reemplazo delata, en términos analíticos, un origen del liberalismo como inextricablemente ligado a una guerra de exterminio, una guerra total, necesaria para instalarlo. Los años transcurridos desde el final de la guerra hasta inicios del siglo XX no lograron reorganizar el país en términos diferentes a una situación creciente de pobreza y exclusión social, así como una dependencia de las potencias regionales e internacionales.

<sup>28</sup> *Ibid*, 258.



La exclusión político social y el régimen historicista de lo nacional son dos aspectos que datan de la posguerra de la Triple Alianza, cuando el país se insertó de plano en la modernidad, acorde al sistema internacional de división del trabajo, con la doctrina del liberalismo como bandera del capitalismo en su fase de expansión mundial. Esta situación plantea el interrogante (y la paradoja) sobre la particular inscripción que acoge este cruzamiento de razones, tradiciones, oportunidades y determinaciones convergentes, en un país que sanciona con fuerza de ley una formalización política de corte moderno, mientras sostiene sistemas tradicionales de poder y de reproducción de estructuras políticas autoritarias y excluyentes, amparadas en una identidad nacional mítica construida como matriz ideológica, ya que la misma reproduce, perpetúa y legitima la cuestión social, al negarle la inscripción histórica que la ha producido.

En este contexto hacia 1900 reaparece un discurso sobre la identidad nacional que busca “arreglar cuentas” con el pasado y el acontecimiento de la guerra como trauma. Lo hace por la vía de la exaltación heroica de lo actuado en la guerra como modo de reivindicación de lo propio. Esta exaltación contrasta con la realidad económica y social del país, y su reflejo en la inestabilidad política y la incapacidad del estado de reorganizarse en términos efectivos, lo que hace comprensible una frase de Roa Bastos que refiere que en el Paraguay la realidad social delira.

El éxito de la fórmula identitaria planteada por la historiografía nacionalista paraguaya del 900 implicó así -en la paradoja radica la eficiencia- un cierre del debate histórico. De hecho, la repetición de un mismo esquema historiográfico es el mecanismo que se ha instalado como síntoma de dicha clausura discursiva. Siguiendo a Brezzo: “Los planteamientos nacionalistas para hacer historia identificados con O’Leary no han permitido, por otra parte, una renovación temática y metodológica suficiente. Por supuesto, es necesario adentrarse en el espíritu de la época [...] Su labor fue en ese sentido, una labor constructiva, de reparación o restitución de la memoria colectiva. Mas este empuje no devino luego en nuevas vías para el conocimiento del pasado, profundidad en las técnicas de investigación y enriquecimiento de las metodologías. Al contrario, esta motivación nacionalista produjo la proliferación de planteamientos simplistas o lo que suele denominarse un victimismo historiográfico, es decir, un modo de hacer historia en la que se exaltan o se enaltecen todos aquellos aspectos que se identificaban con la esencia de la Nación. Esa tendencia de exaltación de lo propio y recelo ante lo foráneo ha conducido a la historiografía paraguaya, repito, a un callejón sin salida: la consideración de la propia nación como algo específico, especial, *absolutamente* original”<sup>29</sup>.

Es en lo “*absoluto*” de esta pretendida originalidad donde hay que buscar la perpetuidad de un secreto disfrazado: la

29 Cecilio Báez y Juan E O’Leary, *Polémica Sobre la Historia del Paraguay. Estudio Introductorio de Liliana Brezzo* (Asunción: Tiempo de Historia, 2011), 64. Cursiva agregada.



identidad nacional en el Paraguay *está*, ha estado desde siempre, *en vilo y en disputa*. Este es el factor que le otorga densidad a la lucha instaurada en torno a la misma. Su secreto a voces.

Si bien este discurso puede ser comprendido en el contexto que le dio origen, como modo de sobreponerse a una situación de desamparo, es su legitimidad incontestada a lo largo del tiempo, lo que resulta curioso.

La victoria del Paraguay en la guerra contra Bolivia permitió la coagulación identitaria enunciada hacia 1900, pero pendiente de sanción histórica ya que, según proponemos, el retorno de la guerra como acontecimiento traumático implicó la reemergencia del debate identitario y una sanción de identidad nacional heroica, que trajo apareada la centralidad del actor militar como asociado a la identidad nacional. En este sentido la Guerra del Chaco cierra el ciclo de la anterior guerra con la victoria pospuesta, y en este mismo movimiento sanciona la vía autoritaria para la política.

El vínculo entre estos acontecimientos puede ser entendido si introducimos la cuestión ideológica. En efecto, si la guerra de la Triple Alianza instaura a la vez el liberalismo como arte de gobierno, y la pobreza como resultante, se hace necesario sostener esta co-presencia. Planteamos entonces que en el Paraguay, ese sostén se dio por vía del recitado de una identidad nacional cerrada sobre sí misma y ajena a su propia historicidad. La guerra del Chaco irrumpe clausurando justamente la historicidad, al dotar de una victoria al discurso anteriormente atado a una

derrota. Por otra parte esa victoria estará también cimentada en el actor militar como garante de la conquista; al carecer de historicidad, carece de cuestionamiento.

## BIBLIOGRAFÍA

Areces, Nidia. 2010. "De la Independencia a la Guerra de la Triple Alianza (1811-1870)", en Ignacio Telesca, (Ed.), *Historia del Paraguay*. Asunción: Taurus.

Báez, Cecilio y Juan E O'Leary. 2011. *Polémica Sobre la Historia del Paraguay*. Estudio Introductorio de Liliana Brezzo. Asunción: Tiempo de Historia.

Brezzo, Liliana. 2008. "En el mundo de Ariadna y Penélope: hilos, tejidos y urdimbre del nacimiento de la historia en el Paraguay". en *Polémica sobre la historia en el Paraguay*. 11-63. Asunción: Tiempo de Historia.

Brezzo, Liliana. 2010. "La historia y los historiadores", en Ignacio Telesca, (Ed.) *Historia del Paraguay*, 13-32. Asunción: Taurus.

Brezzo, Liliana. 2010. "Reconstrucción, poder político y revoluciones (1870-1920)", en Ignacio Telesca, (Ed.) *Historia del Paraguay*, 199-224. Asunción: Taurus.

Capdevila, Luc. 2009. "El macizo de la Guerra de la Triple Alianza como substrato de la identidad paraguaya", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], consultdo el 8 de junio de 2015. URL: <http://nuevomundo.revues.org/48902>; DOI : 10.4000/nuevomundo.48902



Capdevila, Luc. 2010. *Una guerra total, Paraguay 1864-1870: ensayo de historia del tiempo presente*. Asunción/Buenos Aires: Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica/Editorial Sb.

Capdevila, Luc; Isabelle Combès; Nicolás Richard y Pablo Barbosa. 2010. *Los Hombres Transparentes: Indígenas y Militares en la Guerra del Chaco (1932-1935)*. Cochabamba: Instituto de Misionología.

Cardozo, Efraím. 1965. *Breve Historia del Paraguay*. Buenos Aires: Eudeba.

Cooney, Jerry W., y Thomas Whigham. 1994. *El Paraguay bajo los López: algunos ensayos de historia social y política*. Asunción: Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos.

Couchonnal, Ana. 2010. "La historia como medio decir. Duelo y subjetividad política en el Paraguay". *Estudios Paraguayos* XXVIII (1 y 2): 307-321.

Couchonnal, Ana 2013 "“Donde nací como tú”: Historia, Modernidad y Constitución del Sujeto Político Liberal en el Paraguay". (Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires).

Creydt, Oscar. 2007. *Formación Histórica de la Nación Paraguaya*. Asunción: Servilibro.

Foucault, Michel. 1979. *Microfísica del poder*. Madrid, Ediciones de La Piqueta.

Kleinpenning, Jan. 2009. *Rural Paraguay*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Verveurt, 2 vols.

Pastore, Carlos. 1972. *La lucha por la tierra en el Paraguay*. Montevideo: Editorial Antequera.

Potthast, Barbara y Thomas Whigham. 1998. "La Piedra Roseta paraguaya: nuevos conocimientos de causas relacionados con la demografía de la guerra de la Triple Alianza, 1864-1870", en *Revista Paraguaya de Sociología* XXXV/103 (Asunción):147-159.

Richard, Nicolas. 2007. "Cette guerre qui en cachait une autre. Les populations indiennes dans la guerre du Chaco", en Richard, N.; Luc Capdevila y Capucine Boidin, (Edit.), *Les guerres du Paraguay aux XIXe et XXe siècles: actes du colloque international le Paraguay à l'ombre de ses guerres, acteurs, pouvoirs et représentations*, Paris, 17-19 novembre 2005. Paris: CoLibris.

Richard, Nicolas. 2008. *Mala guerra: los indígenas en la Guerra del Chaco, 1932-1935*. Asunción del Paraguay Paris: ServiLibro, Museo del Barro, CoLibris.

Richard, Nicolas, Luc Capdevila y Capucine Boidin (eds.) 2007. *Les guerres du Paraguay aux XIXe et XXe siècles. Actes du colloque international le Paraguay à l'ombre de ses guerres, acteurs, pouvoirs et représentations*, Paris, 17-19 novembre 2005. Paris: CoLibris.

Rivarola, Milda. 1993. *La constatación al orden liberal. La Crisis del liberalismo en la preguerra del Chaco*. Asunción: Centro de Documentación y Estudios.

Rodríguez Alcalá, Guido. 1987. *Ideología autoritaria*. Asunción: RP.



Scavone, Ricardo. 2010. “Guerra Internacional y confrontaciones políticas (1920-1954)”, en Ignacio Telesca (Ed.), *Historia del Paraguay*, 225- 264. Asunción: Taurus.

Scavone Yegros, Ricardo. 2011. *Polémicas en torno al gobierno de Carlos Antonio López: Defensa y oposición al régimen lopista en la prensa de Buenos Aires (1857-1858)*. Asunción: Tiempos de Historia.

Zanardini, José. 2007. *Los indígenas y el Estado paraguayo después de la Guerra del Chaco*, en Richard, Nicolas; Luc Capdevila y Capucine Boidin, (Edit.), *Les guerres du Paraguay aux XIXe et XXe siècles. Actes du colloque international le Paraguay à l'ombre de ses guerres, acteurs, pouvoirs et représentations*, Paris, 17-19 novembre 2005. París: CoLibris.



